

A un árbol

¡Oh árbol sin vigor! Vejez tardía
Va agotando tu savia; cada aurora
Ve, cuando sobre tí lágrimas llora,
Que está de tu morir cercano el día.

Mas tú mismo no sientes tu agonía;
Nada sabes del hacha cortadora,
Y así te encontrará la muda hora
En que acabe tu resto de energía.

¡Cuán distinta del hombre fue la suerte!
Con su razón él mira cuando llega
El temido momento de la muerte;

A vana angustia y cavilar se entrega,
Y ya sin esperanza y casi inerte
Ante la justa ley no se doblega.

1911.

LUIS MARÍA MORA

APUNTES PEDAGOGICOS

EL IDIOMA INFANTIL

Son los niños libro cuyo estudio no acaba nunca, porque la manera de expresar sus ideas entraña misterios que despiertan atención desde el punto de vista psicológico. Mejor que las elucubraciones de los filósofos, enseña cuál es el origen de las ideas, el desarrollo del lenguaje en el niño.

En ese idioma seductor parecen inspirarse escritores que, como Balmes en España, y algún sacerdote colombiano comparado por don Valentín Gómez con el filósofo de Vich, saben sorprender la delicadeza en el arte; hacen entrar la naturalidad en el sistema filosófico que abrazan, y de allí derivan explicación para altísimos con-

ceptos sobre Dios, el hombre y el mundo, en clásico estilo, valiéndose de comparaciones que semejan madrigales; depende ello de que la verdad, el bien y la belleza son una misma esencia, vista por aspectos distintos.

Nace el niño, y ostenta como manifestaciones de vida la luz y el movimiento; lleva vida vegetativa, primero; sensitiva después, y aparecen luego las sonrisas como preludio de primavera; este fulgor nuevo es la vida racional que apunta y que, como las anteriores, viene perfeccionándose desde un principio. Surgen las ideas, vagas todavía, expresadas en forma imperfecta y caprichosa, que depende de condiciones atávicas, del clima, de la raza y de la lengua, pues en este *microcosmos* es donde mejor se advierte la influencia que en el niño ejerce el medio en que se desarrolla; tales ideas, lógicamente anteriores á los vocablos, tienden á satisfacer necesidades urgentes, para lo cual inquiere el niño la relación entre la palabra y la idea, y vence luego la dificultad de pronunciación, á fin de emitir una voz propia y completar la odisea. Los labios inician su labor con dicciones en que figuran sonidos labiales y vocales llenas, así en griego y en inglés como en latín y castellano, sin equivocarse jamás en la acentuación ni en el silabeo; continúan desarrollándose los órganos de la laringe y extendiendo el radio de conocimientos hasta que toca las lindes de otra etapa en que desfilan, como bandadas de palomas, los sonidos palatinales.

El postrer período se caracteriza por la presencia de guturales y vocales débiles, no menos que por la emisión de vocablos más complicados aún; también es este el momento en que los niños ensayan felices combinaciones de palabras y frases que encierran juicio, en lo cual se observa admirable progreso, pues en cierto modo aprende más el hombre durante la niñez que en el resto de su existencia. Complementan esa obra la acción, el gesto y la tonalidad, que imprimen al lenguaje la viveza de la imaginación que asoma; de esta suerte cumple su proceso el idio-

ma infantil, perfeccionando las voces, aumentando el caudal y dilatando el panorama, que la educación modifica.

Despejada un tanto más esa inteligencia, como mañana de sol después de un invierno crudo, se dibuja en el escenario la imaginación, que da al niño las primeras tintas de lo bello; sin arte ni estudio emplea las figuras de retórica, porque nombra los seres por sonidos onomatopéyicos, toma la acción por el actor, y el continente por el contenido. En este punto, pasa el niño á la categoría de obra de consulta, porque su idioma, que refleja los estados del alma, como el espejo la naturaleza que copia, es dechado de buen decir, sin los adornos con que se atavía para cubrir sus desnudeces el error. Cabe aquí observar el carácter docente que asume el niño en ocasiones, cuando transmite lo recogido del labio materno, corrige las imperfecciones que nota ó concurre á la realización de empresas diminutas: muy á las claras dice entonces la necesidad de difundir las luces y la obligación que el hombre tiene de contribuir á que se cumpla en el mundo el plan de la Providencia.

De modo, pues, que mientras más adelantado se halle el medio en que se forme el niño, con éxito mejor realizará sus ideales, adelantándose al siglo y creando una obra inmortal.

Finalmente, se avecinan los juegos, de eficacia sorprendente en el desarrollo de su lenguaje y de su mentalidad: arrulla ó solicita el bastón para fingir la cabalgadura. Hacia esta misma época el infante, con las manecitas juntas, balbuce la primera plegaria en idioma que más parece de ángel que de hombre; canta y lee, pero la lectura y el canto son incomprensibles como susurro de abejas. La risa y el llanto adquieren perfección: la primera no es ya repliegue de los labios sino bullicio de arroyuelo; y en el llanto se perciben interjecciones de dolor, con su tributo de lágrimas.

Del mismo modo que el niño viaja de etapa en etapa, abriendo sus facultades como capullo de rosa, para conocerse á sí mismo y estudiar el mundo que le rodea, sin brusca transición pasa el joven de su hogar al colegio, iluminado por el sol de la ciencia, y donde el alma puede volar por las esferas de la Metafísica para que, analizando el universo, prorrumpe en un himno al Creador de la ciencia y de la luz.

MANUEL ANTONIO BOTERO

ENDIMION

(DE LONGFELLOW)

Sale la luna y con su luz se apaga
La esplendorosa lumbre de los astros,
Y entre el paisaje oscurecido vaga
En pos dejando luminosos rastros.

Brilla cual plata el ondulante río,
Como si en sueños Diana fugitiva
Soltado hubiera entre el verdor sombrío
Su arco argentino de la mano esquiua.

En noche así serena y esplendente,
Mientras dormía en la floresta umbrosa,
Despertó con un ósculo en la frente
Al gentil Endimión la casta Diosa.

Como el beso de Diana no pedido
El amor verdadero se presenta;
Y ni la humana voz con su sonido
Su honda mirada traicionar intenta.

Hermoso y libre surge ante la vista,
De la terrena grey corona y palma;
Y á solas y en silencio audaz se alista
A conquistar la dicha de su alma.